

Elementos para un análisis sociológico de la transición a la vida adulta*

Joaquim Casal, Josep M.ª Masjoan y Jordi Planas



1. Juventud y Transición

Desde la postguerra la Sociología de la Juventud ha desarrollado un discurso entorno al binomio "reproducción-cambio social". Unos enfoques abundan sobre el primer aspecto, otros sobre el segundo, muy en función de la coyuntura o del momento histórico, y muy en función de la perspectiva teórica e ideológica de los analistas. Así, la reflexión llevada a cabo durante estos años sobre el tema no ha dejado de ser contradictoria en sus planteamientos y sesgada ideológicamente como ha puesto de relieve Rosenmayr i Allberck (1979).

Desde mediados de los setenta hasta hoy día, buena parte de la literatura sobre juventud se hace eco del descontento sobre las cotas de científicidad y acumulación de conocimiento conseguidas. La revisión conceptual y metodológica se impone.

El primer obstáculo que uno encuentra en la reconsideración del bagaje de la sociología de la juventud está en la mismísima acotación y uso continuado del término "juventud". Realmente se trata de un concepto intoxicado, intoxicación a la cual la misma sociología ha contribuido en buena parte (J. Casal, 1985 y 1986).

La inseguridad en el uso del término "juventud" no es característica reciente ni atribuible a la crisis de los ochenta. Los esfuerzos para delimitar el término vienen ya de lejos. Mientras se acuñaba el concepto de nueva generación, el empirismo reforzaba el concepto de grupo de edades; por otro lado los movimientos radicales de los sesenta llevó a algunos a definir "juventud" como la nueva clase ascendente. Sea como sea,

* En las siguientes páginas se expresa parte de la reflexión que los autores venimos realizando con motivo del desarrollo de una investigación sociológica sobre los modelos de transición a la vida adulta en el marco del Grupo de Educación, Formación y Empleo en la España de los 90. El escrito que presentamos desarrolla cuatro aspectos. En el primero se pretende acotar y defender al mismo tiempo el concepto de "transición" como el más idóneo para la sociología de la juventud; en el segundo se enfatiza sobre aquellos aspectos que configuran una problemática particular de la transición en la década de los ochenta en el tercero se incide sobre la necesidad de atender debidamente al fenómeno de la diversidad de itinerarios de insacción social, y, por último, se formulan, con breve síntesis, unas propuestas a modo de conclusión.

actualmente el uso del término sigue siendo problema; en parte por el olvido constante de su dimensión histórica, en parte por el uso implícito de acepciones descontextualizadas y residuales no ajustadas al momento presente, en parte por el desajuste entre el “valor social” del “ser joven” y la delimitación demográfica de la población de referencia, en parte (y sobre todo) porque implica homogeneizar aquello que es, de hecho, diferente.

El término juventud hace pensar –escribe Schwartz (1984)– en una homogeneidad que en absoluto se da en la realidad; habitualmente la diferencia existente entre jóvenes trabajadores, estudiantes o parados es más grande que la que pueda haber entre estos jóvenes y sus padres. La aseveración de B. Schwartz es segura e intencionadamente exagerada, pero deja en claro la necesidad de estudiar (y no ignorar) los procesos diferenciados y diferenciadores en el período de transición al mundo de los adultos. Es preciso, pues, abandonar perspectivas de carácter temporal y descontextualizadas, ignorando el “ser joven” como ciclo vital, así como es preciso alejarse del paradigma que observa y analiza la juventud como categoría homogénea y considerar como escepticismo nociones como la de “cultura juvenil”, que aparte de ambiguas pretenden abarcarlo todo.

Conceptualizar “juventud” como “transición de la pubertad a la vida adulta” ofrece una doble ventaja: a) permite poner de relieve el fenómeno de la diferenciación interna de la población juvenil y evita los planteamientos de carácter global a los cuales hemos hecho referencia; evita, asimismo, el peligro de etiquetar o atribuir a la “juventud” en general aquello que sólo es atribuible sectorialmente a determinados jóvenes o a determinadas fases de transición.

Un planteamiento de “la juventud” como proceso de transición permite, en segundo lugar, un tratamiento temporal, histórico e incluso biográfico del “ser joven”. Un planteamiento bajo este enfoque habría evitado, o al menos habría matizado debidamente, los enfoques de Roszak, Mendel cuando definieron los movimientos juveniles como revolución y la juventud como nueva clase social ascendente. Un planteamiento de “la juventud” como transición puede hoy día evitar, o matizar debidamente, los enfoques que identifican “juventud” y “marginalidad”, “Juventud” y “nueva clase ociosa”.

El término “Transición” incorpora al discurso sobre juventud los conceptos de proceso, transformación, temporalidad e historicidad. Con esto se quiere poner de relieve, en primer lugar, que la realidad juvenil viene determinada por procesos de transición desiguales: de ahí que comparar realidades juveniles de países muy distintos sea poco fructífero. En segundo lugar, se quiere poner de relieve que dentro de un mismo país hay diversos procesos de transición; no todos se someten a la transición unidireccionalmente. En tercer lugar, se quiere significar que el elemento biográfico cumple un papel clave; durante el tránsito existen momentos y fases diversas que implican vivencias sociales muy distintas. Los momentos y fases de transición y sus condicionamientos sociales son los que determinan las “diversas maneras de ser joven”.

El tiempo de transición de la pubertad a la vida adulta puede definirse como proceso, pero jamás como proceso lineal. No se trata de un espacio temporal de unos ocho o diez años de transformación gradual y continuada, de una metamorfosis lenta y progresiva. Hay fases y momentos claves determinantes en la biografía del joven y que son significativos en tanto que su resolución implica cambios de posicionamiento social.

Los momentos cumbre en el proceso de transición posiblemente no son más de los siguientes: el paso de la escuela primaria a la enseñanza media o a la no escuela, el paso de la escuela a la búsqueda del primer empleo, la inserción profesional como tal, la adquisición de estatus de libertad familiar en el uso del tiempo libre y en la relación de iguales, la dependencia afectiva en las relaciones de noviazgo y la nupcialidad y fecundidad.

Paralelamente a los momentos de transición hay que tener en cuenta el conjunto de acontecimientos que afectan a amplios sectores o fracciones menores de la juventud y que son igualmente significantes ya que determinan los resultados finales del proceso de transición; ahí están los fenómenos del paro de primera y segunda ocupación, el consumo de estimulantes y drogas, sucesos delictivos o paradelictivos, etc... De la misma forma podríamos referirnos a sucesos significantes en las oportunidades de inserción social.

Estos momentos clave en la transición y este conjunto de acontecimientos atañen a los jóvenes, pero a tiempo desigual, desigualmente y con resultados finales también desiguales. El análisis

de estos momentos de transición y sus acontecimientos significantes es una de las tareas básicas. En fin, la recuperación del concepto de transición aplicado a la juventud puede contribuir a una reorientación. Una sociología basada en los análisis de los procesos de transición podría contribuir a superar los obstáculos anteriormente comentados. Ocho son sus parámetros:

a) Transición y fases de transición:

El análisis de la juventud como proceso de transición no lineal sino en fases y momentos claves articulados permite no tomar la juventud como un todo, ya que son las expectativas de tránsito y el choque con la realidad social en las fases de transición las que determinan las distintas maneras de "ser joven".

b) Transición y estructura económica

El proceso de transición no se realiza sobre el vacío como puede aparecer en muchos escritos sobre socialización, que identifican transición con integración social al sistema de valores. El proceso de transición está determinado socialmente; de ahí que estructuras económicas y sociales diferentes impliquen procesos y mecanismos de transición distintos. La recuperación del nexo entre juventud y estructura social permite de un lado análisis comparativos entre países (P. Grooitings, 1985) y de otro presentar la juventud no como un cuerpo extraño al sistema sino como agente que establece un feed-back con éste.

c) Transición y territorio

La transición de la pubertad a la sociedad de adultos tiene una dimensión cronológica y territorial: se realiza en un tiempo definido (aproximadamente entre 10 y 15 años de duración) y un territorio concreto. La sociología de la juventud generalmente ha perdido no sólo la dimensión cronológica como ya se ha indicado sino también la territorial: ha sido poco sensible a la desigualdad territorial construyendo una sociología genérica sobre actitudes y comportamientos diferenciales respecto al mundo adulto.

Los procesos de transición se ejecutan de forma diferenciada según el tipo de hábitat. De ahí que una sociología de la transición ha de ser particularmente sensible al continuo rural-urbano-metropolitano y a la diferenciación de las unida-

des urbanas. Plantear, por ejemplo, la cuestión de la inserción profesional de los jóvenes ignorando el componente territorial promete más bien poco.

d) Transición y determinación socio-cultural

Los procesos y fases de transición no sólo vienen determinados por las variables anteriores. Cada paso de transición está afectado por la formación de expectativas. La sociología de la juventud se ha interesado básicamente por las actitudes de los jóvenes. Las actitudes, pero, no se construyen en el vacío sino que son resultantes de la interacción entre las expectativas de transición y el choque con la realidad concreta.

La sociología de la transición tiene el deber de analizar la formación de expectativas en las diferentes fases de transición y los componentes que contribuyen a la formación de horizontes desiguales que generan actitudes desiguales: la determinación sociocultural familiar, la presión del grupo de coetáneos y el mundo de la información y de la imagen como elementos constructores de techos culturales.

e) Transición y localización espacial

La transición tiene una concreción espacial: toda acción juvenil tiene lugar, se realiza, en espacios o ámbitos espaciales definidos; son los "lugares" de transición: el espacio familiar (el hogar paterno), el espacio escolar (la escuela), el espacio laboral (la empresa), el espacio de acción colectivo-institucional (asociaciones, p.e.) y el espacio de consumo de ocio (los centros de diversión, la calle, etc.). Cada uno de estos ámbitos define el lugar donde se realiza la múltiple red de relaciones sociales que intervienen en la transición.

El análisis de estos ámbitos se imperativo para la sociología y para las políticas de transición: es el mejor antídoto para evitar plateamientos globalizantes y falsamente homogeneizadores de los jóvenes; es el mejor antídoto para definir los campos de la práctica juvenil, y por ende de la política sobre juventud.

f) Transición e inserción social

Se ha pecado de análisis estáticos de la realidad juvenil. La recuperación de la dimensión biográfica y de los aspectos transicionales de la juventud permite recuperar los elementos diacrónicos y dinámicos. Constantemente miles de

preadolescentes entran en la esfera llamada "juventud"; constantemente miles "jóvenes-adultos" "entran" en el tejido social de la población adulta. Pues bien, en este sistema de "imput-transición-output" es donde hay que centrar el tema base de juventud-reproducción-cambio.

g) *Transición y diferenciación social*

Uno de los problemas ha radicado en la no superación de la antinomia unidad-diversidad. Buena parte de la literatura sobre el tema, sobre todo la de corte ensayista, ha caído en un enfoque unívoco de la juventud; alrededor de este enfoque gira la mayor parte de la sociología que ha partido del concepto de generación y la que ha partido del concepto de cultura juvenil. En ambos casos la juventud es presentada como un todo compacto y uniforme.

La sociología de la juventud no debe preocuparse en establecer etiquetajes y clasificaciones de jóvenes sino más bien del análisis de los modelos de transición de la puerbertad a la vida adulta y de las distintas trayectorias que estos procesos implican. El análisis de los condicionantes sociales que concurren en las fases de transición y de los circuitos finales de la misma pueden aportar mucha más luz y poner más en claro el hecho de la diferenciación social entre los jóvenes.

h) *Transición y políticas de transición*

El concepto de transición, por último, se coloca como elemento de intersección entre la sociología de la juventud y la política sobre juventud. Atrás quedan los deseos de saber qué hace, qué piensa y qué dice la juventud. Atrás también debe quedar la preocupación de que debe de hacerse algo para los jóvenes a fin de que no se aburran, de que no molesten, de que se entretengan.

Si la sociología de la juventud está en disposición de captar el meollo de la cuestión juvenil, es decir, los procesos y trayectorias de transición como paradigma, la política de juventud está también en disposición de descubrir en estos procesos y trayectorias el eje que puede vertebrar y dar significado al conjunto de programas y medidas políticas sobre la juventud española. Cualquier política que no tuviera como marco de referencia este hecho no dejaría de ser, sin menospreciar, una política de entretenimiento.

2. La transición como problema

Desde la perspectiva de la socialización del joven la literatura ha puesto el énfasis alrededor de las relaciones entre joven y familia, de las relaciones entre generaciones, del conflicto de valores en una sociedad en cambio continuo y alrededor de la formación de situaciones de anomia en el proceso de desarrollo y madurez del joven. Desde la perspectiva macrosociológica la literatura se centra más sobre los factores sociales que determinan y diversifican los itinerarios de los jóvenes (estructura urbana, estratificación social, etc...) y sobre todo al "valor añadido" que incorpora la situación de crisis y cambio del capitalismo avanzado a los problemas de inserción de los jóvenes.

La totalidad de escritos sobre la juventud en los últimos años, con más o menos énfasis, hacen referencia a la crisis del capitalismo, al cambio cultural, a la crisis de valores, a los efectos de la innovación tecnológica, etc. Estas referencias, más que justificadas, pueden llevar a identificar el problema de la transición con la crisis actual del capitalismo, es decir, pueden dar la impresión de que la problemática de la transición nace con la crisis del 73 y que esta problemática no se daba en el período de fuerte expansión experimentada desde la postguerra hasta los 70. Nada más lejos de esto.

Sin embargo es cierto que la década de los 70 y las transformaciones en el campo de la tecnología, como ya hemos indicado al principio, han implicado la aparición de elementos nuevos en esta problemática de la transición del joven a la sociedad adulta. Estos elementos nuevos tienden a incrementar la diversidad de itinerarios y agravan la situación de una buena fracción de jóvenes en transición.

Habría que replantearse, de entrada, si sería más correcto hablar de cambio tecnológico que no de crisis económica. La coyuntura económica internacional de mitad de los 70 socavó los pilares sobre los que se cimentaba el principio del crecimiento continuado, la sociedad del bienestar, el Estado Benefactor, etc., que configuran lo que llamamos la Gran Promesa del capitalismo. Pero es cierto que estamos ante una crisis sin pérdida de la capacidad productiva; cabe pensar que la microelectrónica y sus consecuencias en el campo económico y social permite hablar más de

tercera revolución industrial y de aceleración del cambio que no de crisis.

El desarrollo de las fuerzas productivas inducidas de ésta ha implicado, eso sí, un hundimiento del mercado de trabajo. Este, a buen seguro, es el único elemento central del proceso de cambio que podemos concebir realmente de crisis como tal. La política económica de los países capitalistas puede reencontrar –y de hecho lo hace– índices de crecimiento perdidos con la crisis del petróleo, a excepción de los referidos al mercado de trabajo que ha sufrido un *crack* irreversible. En términos de “trabajo asalariado” la vuelta a situaciones anteriores parece imposible; la microelectrónica comporta un replanteamiento general de sistema productivo, de la organización del trabajo, y del mismo mercado de trabajo. Segmentación, inestabilidad del trabajo asalariado, reconversión tecnológica, etc., son aspectos de una misma realidad.

La crisis del mercado de trabajo muestra su dimensión en lo social en la generalización de la desocupación, en el incremento de trabajo subterráneo y precario, y en la incapacidad de absorción de activos jóvenes. Es por esto que la situación del mercado de trabajo se convierte hoy en día en el eje central de la problemática de la transición.

En el primer apartado ya nos hemos referido a esta cuestión poniendo de relieve, además, que esta situación de generalización de situaciones de desocupación y subocupación puede tener una doble lectura: en términos cuantitativos y en términos cualitativos.

En términos cuantitativos la cuestión pivota sobre dos polos. En primer lugar, acerca de la población afectada tanto por el paro como por el trabajo marginal o precario: trabajadores de sectores en reconversión, inmigrantes, trabajadores sumergidos, fracción de la población femenina y sobre todo el sector de jóvenes en paro o a la búsqueda de primera ocupación. De ahí arrancan los esfuerzos en cuantificar las dimensiones o el volumen de la población juvenil afectada; así, por ejemplo, en el informe “Juventud en España” se afirma que alrededor de 1.000.000 de jóvenes entre 16 y 29 años se encuentran aún buscando empleo y otros aproximadamente 750.000 están parados después de haber trabajado (J. L. Zarraga, 1985).

El segundo aspecto gira en torno a las previsiones de ocupación y evolución futura de los índices de paro general y juvenil y alrededor de las

políticas de promoción empleo general y juvenil, de la presión demográfica, de la expansión natalicia de los 60 sobre el mercado de trabajo actual y de su futuro amortiguamiento, de las nuevas demandas de formación, etc.

El desempleo, la subocupación, el trabajo precario y el paro juvenil tienen, además, una lectura en términos cualitativos. La generalización de estas situaciones va más allá de las estadísticas sobre el paro y sus repercusiones en la economía del país.

Las situaciones del paro tienen una repercusión especial sobre la población juvenil ya que tienden a hipotecar el proceso de inserción social en su globalidad, produciendo y ampliando situaciones de marginalidad y desarraigo social. El hecho de que nuestra sociedad se muestre incapaz de absorber a amplios sectores juveniles, dándoles un lugar en ella, puede tener especiales repercusiones de cara al futuro. Es muy distinto, en muchos aspectos, el desarraigo que provoca el paro entre grupos de población que no han tenido experiencias de trabajo estable que entre los que sí han vivido experiencias de inserción estables (J. Planas, 1985).

De otra parte, la crisis del mercado de trabajo afecta de forma diferencial a la población juvenil; el desempleo contribuye y aumenta substancialmente la segmentación entre los jóvenes, delimitando periferias sociales.

De hecho no todos los jóvenes terminan sufriendo el paro, pero casi en su totalidad lo perciben como una amenaza sea real o potencial. La caída del empleo y de las oportunidades de inserción profesional altera las expectativas educacionales y laborales de la juventud; la asunción del paro juvenil como realidad que está “ahí mismo” implica una caída de perspectiva de futuro en una buena fracción de jóvenes que se autoperciben como candidatos potenciales a situaciones de marginalidad laboral. Se ha generado, en este sentido, una corriente de desconfianza hacia la escuela ante el desfase entre titulación académica y necesidades del mercado de trabajo, devaluándose su valor de cambio. De otro lado, y por reacción, la educación adquiere valores defensivos que acaban reforzando posiciones de competitividad e incrementado la segmentación juvenil arriba comentada.

En cualquier caso, actualmente el paro juvenil y el trabajo precario y marginal están ocupando la centralidad en la problemática de la inserción social de los jóvenes, de tal forma que constitu-

yen la matriz donde se forman las expectativas educacionales y laborales y las conductas de los jóvenes ante el mundo de los adultos.

G. Welbers ha construido una tipología general de las posibles situaciones problemáticas ante las dificultades de transición (G. Welbers, 1985). Según él, los jóvenes han de disponer, a fin de establecerse en el mundo laboral, de dos condiciones básicas: el joven ha de tener a su alcance los medios e instrumentos básicos (aptitudes, habilidades y cualificación) que le permitan identificar, alcanzar y en la práctica satisfacer los puestos de trabajo a los que acceda. En segundo lugar, el joven necesita tener una idea clara de los elementos que constituyen la vida laboral de los adultos y conformarlos en un tejido de motivaciones y actitudes constructivas. En dos palabras, el joven precisa adquirir una preparación básica para concurrir al mercado de trabajo (formación) y moldear las actitudes hacia él mismo y rentabilizar su formación.

De ahí Welbers construye una matriz que ofrece un elevado número de combinaciones a partir del cruce de las dos variables: de aspiraciones bien definidas y precisas hasta aspiraciones totalmente dispersas, difusas, plagadas de indiferencia y ausencia de interés; de un pleno desarrollo de capacidades y de formación para el mercado de trabajo hasta la ausencia más radical de las mismas. Los cuatro extremos de la matriz proporcionan cuatro tipos de situaciones diferenciadas:

a) Pleno desarrollo formativo y actitudes y aspiraciones bien definidas y precisas. Este parece ser el caso ideal, sólo problematizado en función de la escasez de trabajo en el mercado laboral.

b) Pleno desarrollo formativo y actitudes y aspiraciones dispersas, con pérdida de intereses e indiferencia. Esta situación se refiere a jóvenes con una buena o aceptable escolarización pero que manifiestan una marcada incapacidad para su traducción práctica en el mercado laboral; muchos de estos jóvenes van a parar al mercado laboral secundario, con gran inestabilidad y pérdida de confianza recíproca.

c) Aspiraciones precisas y definidas pero con baja o nula formación escolar e instrumental. Este caso refleja la situación de jóvenes con una motivación relativamente fuerte hacia el trabajo y con definición clara de sus intereses profesionales pero que manifiestan una carencia formativa para la asunción de los objetivos. Refleja también el problema del joven obrero sin titulación

académica cualificada que, a pesar del aprendizaje por experiencia, queda marginado de promoción debido a la falta de formación escolar.

d) Ausencia de formación escolar y actitudes y aspiraciones dispersas, con pérdida de intereses e indiferencia. He ahí la situación extrema de marginalidad social. Esta situación se caracteriza por la ausencia tanto de aspiraciones personales como de posibilidades reales de acceder al uso de instrumentos adecuados. Es el caso de jóvenes que no tienen ninguna confianza en la posibilidad de éxito personal en una vida profesional normal y que por este motivo se separan completamente del sistema en el que han fracasado, llegando incluso al rechazo de todo intento de reintegración por parte del sistema formativo o laboral.

3. Transición y diversidad

El contexto general de la crisis del mercado de trabajo descrito en el apartado anterior acentúa definitivamente y de forma muchas veces irreversible los problemas de inserción social y profesional del joven. De esta forma, y haciendo referencia al modelo 1 de la tipología del apartado anterior, el contexto general de crisis del mercado de trabajo tiende a acentuar diferencias hacia arriba, a segmentar más aún la situación de los jóvenes, ya que en la práctica genera muchas veces actitudes conservadoras y definitivas ante la crisis de empleo. Es conocida la generación de actitudes de competencia en determinados ámbitos escolares y laborales, que conllevan a una fracción de jóvenes en transición a percepciones muy negativas respecto sus mismos coetáneos (M. Ludevid, 1985).

Por lo que se refiere a los modelos 2, 3 y 4 de la tipología comentada, el contexto general de crisis del mercado de trabajo incrementa las diferencias hacia abajo, contribuyendo también a la segmentación juvenil, ya que las desigualdades ante las oportunidades de transición y el fracaso continuado de experiencias de inserción no hace sino generar actitudes de desconfianza, inseguridad, desinterés y, en el fondo, acerca a muchos jóvenes a situaciones de marginalidad social.

Pero la problemática en torno a la transición no debe analizarse sólo a partir del binomio "ap-

titudes-actitudes" con independencia de las condiciones socioeconómicas en las que éstas se desarrollan y con independencia del entorno macrosocial del joven en transición. El elemento "territorio", a nuestro entender, cumple una función primordial en la diversificación de modos de paso a la vida adulta. Así, por ejemplo, el contexto general de transición ofrece perspectivas bien distintas según se trate de un área de elevada concentración industrial de sectores en crisis o reconversión, o bien de áreas rurales con fuerte inversión de capitales, o bien de zonas con marcado acento en el sector terciario. Estos ámbitos o territorios, en cuanto a condiciones de mercado de trabajo y oportunidades, ofrecen situaciones muy distintas e implican problemas diferentes.

Es por esto que se hace del todo necesario poner de relieve que las actitudes de los jóvenes en su transición están mediatizadas desde fuera. Se ha escrito mucho y demasiado sobre la desmotivación y caída de interés del joven en la escuela y en el trabajo, y muy poco o nada sobre el tipo de oferta escolar y laboral que el contexto general socio-económico ofrece al joven.

Al contexto general y su problemática específica cabe añadir el papel que juega el micro-cosmos del joven en su itinerario de transición, en tanto que factor interviniente y modificador de circunstancias. Los grandes rasgos comunes del problema de la transición tienen concreciones particulares distintas en ámbitos muy individualizados, en ámbitos que constituyen el micro-clima social del joven y que es compañero de viaje en su itinerario: el tipo de medio socio-urbano, el clima familiar, los determinantes culturales, el grupo de iguales, etc. Las situaciones particulares modifican y alteran el campo de las oportunidades juveniles y el resultado final del proceso de transición. De ahí que la problemática general de la transición venga filtrada por los micro-medios sociales con efectos diversificadores. En algunos casos el micro-clima que recubre la vida del joven se convierte en amortiguador de crisis y situaciones traumáticas; en otros el micro-clima agrava de forma brutal las dificultades de transición.

En el fondo de esta relación entre contexto general y micro-clima social tiene lugar la generación de expectativas de futuro que son las que modifican y alteran las actitudes del joven ante el paso a la vida adulta y su propia existencia como individuo.

El joven en sus momentos de transición perci-

be la problemática general de la inserción filtrada por su micro-clima social. La relación vivencia, micro-clima y problemática general es la que construye en el individuo una imagen de sí mismo y su proyección futura; esta imagen de sí mismo es la que hace aflorar expectativas de futuro y sus correspondientes actitudes. En este sentido, cabe decir que las actitudes de los jóvenes hay que entenderlas como respuesta a la relación dialéctica individuo-medio social-problema de transición y no tanto como realidad ontogénica del individuo.

4. Transición y políticas de transición

Al plantear la necesidad de que hoy en día el núcleo centralizador de la cuestión "juvenil", para cualquier disciplina, debe situarse en la "transición", en los procesos de paso hacia la vida adulta, no se hace otra cosa que reclamar atención hacia la necesidad de análisis de los mecanismos, secuencias y procesos que ocupan y dan contenido diferenciador a estos proyectos. Y esto en tres direcciones: a) porque en el concepto de transición reside la clave para el análisis sociológico de la juventud; b) porque el concepto de transición resulta ser el más idóneo para captar la diversidad social del "ser joven", y c) porque la misma transición constituye el eje de la problemática en torno a la juventud actual.

De lo que se ha indicado en las páginas anteriores pueden extraerse, así, unas proposiciones centrales a modo de conclusiones o propuestas, en su caso, que inciden tanto en los análisis sociológicos sobre la juventud, como en el conjunto de políticas que se están arbitrando desde las distintas administraciones sobre los jóvenes.

1: El concepto de transición es el más idóneo para el análisis de la realidad juvenil. El uso de este concepto como marco teórico implica superar la consideración de la juventud como "generación", como grupo de edades, y centra el interés metodológico y también político alrededor de las diferentes trayectorias de transición detectables entre los jóvenes. Consiguientemente, merecen particular atención aquellas trayectorias que presenten mayores "handicaps" ante las oportu-

nidades de transición (de inserción social y profesional).

2: Dentro de las trayectorias de transición, tanto el análisis sociológico de las mismas, como el diseño de políticas de intervención, han de centrarse en los momentos claves de transición dado que éstos pueden comportar situaciones de estancamiento o bien direcciones irreversibles o casi irreversibles, sobre todo entre la fracción de jóvenes menos favorecidos en los aspectos formativos y sociales.

3: El hundimiento del mercado de trabajo es el fenómeno clave que afecta a la realidad juvenil de hoy día: constituye el meollo de la cuestión, y por tanto deviene el núcleo alrededor del cual han de pivotar y articularse el conjunto de políticas educativas y laborales. Es por esto que las columnas que cimentan una política juvenil operativa y eficiente han de ser, por un lado, el paso de la escuela a la vida activa y, por otro, el desarrollo de la economía local y la creación de nuevas oportunidades de empleo.

4: La comunidad local es el espacio concreto donde estas políticas tienen traducción, y por tanto, es el lugar donde deben articularse las diferencias ofertas a los jóvenes. La articulación de políticas sobre juventud es el criterio básico y necesario desde el punto de vista de la racionalidad del gasto así como de la eficacia de las medidas tomadas.

BIBLIOGRAFIA

- ALLBERCK K., ROSENMAYR L. (1979): *Introducción a la Sociología de la Juventud*; Kapcluz, Buenos Aires.
- S. SCHWARTZ, B. (1984): "La inserción social y profesional de los jóvenes" *De Juventud*, 14; Madrid.
- LUDEVID, M. (1985): *Els joves obrers i el seu treball*, Barcelona.
- GROOTINGS, P. (1985): "Recerca comparativa internacional sobre el jovent i el treball a Europa"; *Papers de Sociologia*, n° 25, Barcelona.
- WELBERS, G. (1985): "Fer front a la transició de l'educació a la feina." *Papers de Sociologia* n° 25, Barcelona.
- ZARRAGA, J.L. (1985): *Informe Juventud en España*; Juventud y Sociedad, Barcelona.
- PLANAS, J. (1985): *De la escuela a la vida activa*; Juventud y sociedad Barcelona.
- CASAL, J. (1985): "La transició al món dels adults com a objecte d'estudi" *Papers de Sociologia*, n° 25, Barcelona.
- CASAL, J. (1985): *De la sociologia de la juventud a la sociologia de la transició*; Materiales, 2; Diputación de Cádiz.